

Seis cuentos breves

La vecina

De la nueva casa lo que más le desagradaba era el portal. El piso de la segunda planta en que vivían, era un piso más de casa pobre; pero aquel portal con su pila en el rincón y su retrete sin taza y la puertecilla siempre cerrada frente a la escalera, le produjo nada más verlo una penosa impresión de sordidez.

Cierto mediodía, cuando regresaba de clase, se encontró al fin con la inquilina del cuartucho situado frente a la escalera. Al verla le dio un vuelco el corazón. Aquella viejecilla que salía del tabuco era uno de los pobres que buscaban calor y limosna en el pórtico de la iglesia de su colegio.

A partir de entonces vivió en el temor de que algunos de sus compañeros viera entrar o salir del portal a su vecina. Más tarde, cuando madre tomó la costumbre de bajar un vaso de leche a la viejecita, temblaba al pensar que ésta, cuando entrase en la iglesia, le dedicara una sonrisa, un saludo, un gesto cualquiera de reconocimiento. Pero la mendiga permanecía en su rincón, con los ojos fijos en el suelo, como si no viese el tropel de niños que cruzaba frente a ella. Y él experimentaba un sentimiento de alivio que se tornaba en angustioso temor cuando, junto con otros compañeros, se aproximaba al portal de su casa.

Una tarde, al regresar del colegio, se sorprendió al ver la puertecilla abierta y que en el cuartucho había un hombre y una mujer joven hablando a voces. Cuando entró en su casa, su madre dispuso su sorpresa diciendo:

— La viejecita, la pobre señora María, se ha muerto esta noche. Por la mañana me extrañó ver la puerta entreabierta, y entré. Estaba tendida en

su cama, ya fría. Se ve que no tuvo fuerzas para cerrar la puerta y la dejó entornada. Yo misma la he tenido que amortajar.

— ¿Quiénes son los que están en su cuarto?

— Son sus hijos. Nunca, desde que vivimos en esta casa, habían aparecido por aquí, pero no sé cómo se enteraron de su muerte. Me dio tanta vergüenza viendo lo que hacían que me subí. Se peleaban por los cuatro trastos que tenía la pobre y rebuscaban por todos los rincones por si guardaba algún dinero ¡Son peores que cuervos!

Al bajar por la mañana aún estaba abierta la puerta de la viejecita. Cuando entró en la iglesia, no pudo dejar de mirar el rincón, ahora vacío, donde ella se sentaba. Recordó lo que le había contado su madre de los hijos, y pensó que cómo podría ser la gente así...

Cuando regresó, la puertecilla estaba cerrada.

— ¿Ya no están?—, preguntó a su madre.

— No —le respondió—. La enterraron esta mañana. Fue un entierro de caridad, en el carromato de los pobres.

Se asomó a la ventana. Lucía el sol y a él le parecía que aquel día era un día radiante, que aquella luz dulce como la miel se le metía por dentro borrando su angustia, sus temores, bañándole en su serena alegría. Su vecina, la vieja mendiga, ya no podría avergonzarle.

El enemigo

El toro era zaino, terciadito y badanudo. Gacho y mochón, su cabeza no era como para colgarla en la pared, pero tampoco estaba tan mal. Sin embargo, nada más asomar por el portón, ya estaban gritando los de siempre.

— ¡Vaya cabra! —resonó una voz. Y de inmediato, otra igualmente recia apostilló:— ¡Y con dos platanitos!

Mirando al 7, rezongó para sí:

— ¿Como queréis que los tenga? ¿Cómo hoces, cómo bieldos? Así os gustaría a vosotros, ahí bien seguros, sentaditos. ¡So cabrones...!

El joven maestro —lila y oro— protestaba a su apoderado en la barrera.

— ¿Oyes a esos? Te digo que a esta plaza no se puede venir.

Sonrió. Hacía casi treinta años, cuando vestía de oro, él también era así. Más pendiente del público que del toro, temiendo más a los pitos que a las cornás. Hasta que tuvo aquella en Tafalla que casi se lo lleva por delante. Esa fue la que puso cada cosa en su sitio.

Manoliyo estaba tanteándolo. Por la derecha iba bien, pero por la izquierda cabeceaba algo descompuesto.

Salió suelto de la primera vara. El maestro intentó lucirse a la verónica, pero le resultaron atropelladas y movidas. Los pitos de la cátedra apagaron los tímidos aplausos de la solanera.

— Malo —dijo para sí al verlo caer en la segunda vara—. Este se me va a quedar a la defensiva. Y cuando en el 7 volvieron a sonar los pitos, a ondear los pañuelos verdes y resonar las voces de «toros, toros», rezongó de nuevo:

— Ahí quisiera verlos yo. En mitad del tendido. ¡So cabrones!

Y el caso es que los insultaba por insultar, por costumbre. Ya casi ni los odiaba. Antes, antes sí que los había odiado. Cuando le echaron de las plazas, cuando le obligaron a cambiar la espada por los palos.

Pero hacía ya tanto de eso... Una temporada triunfal, soñando con el cortijo. Después el cornalón de Tafalla. Y a la vuelta, el miedo y los pitos y las tres o cuatro corridas por temporada, como una limosna, como un favor... Sí, entonces los había odiado con toda su alma. Ellos, su enemigo... Pero ahora, ya ni tan siquiera esto. Si aún los insultaba era tan sólo por seguir una vieja costumbre.

Como todas las tardes sintió que se le secaba la boca. Llegaba su turno. El toro se quedó en la primera entrada y él pasó en falso. En una nueva pasada, perdió un palo y dejó el otro en el costillar.

Tampoco ellos pitaban con odio. Tan sólo aquella voz ronca, la voz cantante, se dejó oír:

— *Jareño*, hombre, deja esto y vete ya al asilo.

Se enjuagó la boca para reponer la salida. Una tarde más. Eso era lo único que importaba: salir. Salir por su pie. Salir por su pie y cobrar aquellas pocas pesetas que le permitirían seguir tirando.

La rogativa

Cielo azul y tierra almagre. El río arrastra lento su agua lodosa y bermeja. Junto a él, apiladas como amodorradas ovejas, las cuatro casuchas de la aldea rompen con su sucio blancor el tono rojizo del paisaje.

Por el polvoriento camino que lleva del pueblo a la inmensidad del campo, al frente el azul desvaído de la sierra, como una ringlera de hormigas, negra y lenta, se arrastra la procesión bajo el sol de fuego.

Dos buitres reposan inmóviles en la altura. Lejos, se escucha el canto de la totovía.

Avanza lenta la procesión. Sobre unas andas llevadas por cuatro mozos, la imagen de la Virgen, patrona del lugar, que se guarda en la solitaria ermita. Junto a ella, el cura dirige el rosario, que hombres y mujeres, —sombrosos de paja, mantones negros—, recitan a coro.

Como un ringlero de hormigas avanza lenta la procesión rompiendo con sus oraciones la calma silenciosa del campo. A sus espaldas el río de aguas turbias. Frente a ellos, el limpio y pálido azul de la lejana sierra.

Han llegado hasta un sembrado de un verde sucio, marchito y polvoriento. Se han detenido junto a él y, bajo la dirección del sacerdote, dan fin a su oración. Entonces, los hombres que llevan la imagen la internan entre las plantas, seguidos tan sólo por el cura. Queda el pueblo junto a la orilla del patatal. Como una imprecación, se alza ronca la voz del sacerdote:

—¡Coco, vete! ¡Coco, vete ya!

Y roncadas, desesperadas, imprecatorias, las voces de los campesinos le responden:

— ¡Coco vete, coco vete ya!

Oculto el rostro entre las manos para velar la risa, el joven maestro comenta al amigo de la ciudad que ha venido a visitarle:

— ¿Pero tú has visto? ¿A que no podías imaginarte algo así?

— Ni sé como puedes resistirlo.

— Son ya tan sólo dos meses. Después, adiós para siempre, adiós.

Una mujeruca vestida de negro, mirando las hojas resecas, carcomidas y polvorientas, cubiertas de insectos dorados, murmura para sí:

— ¿Qué comeremos este año? ¿Qué va a ser de nosotros, Señor?

Junto a los arruinados patatales, arrastrándose lento como un ringlero de hormigas, el pueblo prosigue su rogativa a lo largo del campo seco y rojizo bajo el luminoso esplendor del cielo.

¡Baila, María!

Luce, plena y redonda, la luna en el cielo. Bajo su luz fantasmal apenas se distingue la mole de la cárcava. Al pie, frente a ellos, cual la cuenca vacía de un ojo, el negror de la entrada de la cueva.

— Es tu turno, acércate —dice en voz baja el Julián—.

— No jodas. Ya está bien. Vamos a dejarlo.

— Ni hablar. Nos la jugamos y te tocó. Así que a cumplir si te la das de hombre.

Mala leche... Le tuvo que tocar a él. Y tuvo que ser a Julián a quien se le ocurriese la idea de que el perdedor tenía que tirarse a la María. Y los demás estar tan borrachos como para aceptarlo.

— Ya sabe —dice el Julián—. Nosotros nos escondemos tras las matas. Tú te asomas a la cueva y le dices que si se deja echar un polvo le das la botella de vino. No te va a hacer ascos, ni a ti ni a vino. Ah, y que se despelote. Quiero ver esas carnes gloriosas...